

LIBRO III

UNA PLEGARIA Á LA VIRGEN

ROMANCES

POR

FERNANDO ALVAREZ PRIETO



I

Introducción

ERASE un pueblo que acababa apenas de nacer á la luz del Evangelio, que de las densas sombras del pecado girones hace los tupidos velos.

De su fulgor divino, sacrosanto,
toma perenne luz del alto cielo,
y huye en confusa, atropellada fuga
el malhadado espíritu protervo.

Erase un pueblo en que cambiado habían
con la predicación los misioneros,
en mansa oveja de vellones blancos,
al que era tigre bárbaro y sangriento.

Allí, donde el inmundo sacerdote,
con el rostro embijado de *ulli* negro,
digna costumbre del que culto daba
á la deidad infame del averno.

Ébrio de sangre y salpicado de ella,
abría de las víctimas el pecho,
el nuevo y solo Dios, el Dios cristiano,
socavó del *teocalli* los cimientos.

Al derrumbarse los impíos muros
que de infamias sin fin testigos fueron,
rompió el coro de arcángeles en himnos
de gloria y de alabanzas al Eterno.

Y en tanto que se viste en nueva aurora
de luz indeficiente el firmamento,
huye Luzbel del Tepeyac felice
que del coro sin par repite el eco.

Y allí donde natura sólo abrojos
á las flores y frutos siempre ajenos,
con raquítico afán nacer hacía,
de ingrata tierra trabajoso esfuerzo,

Vivificante soplo de las brisas
que mueve de los ángeles el vuelo,
brotar haciendo castellanas rosas
viste con ellas al absorto invierno.

Pues quiere Dios que de sus plantas pose
la Augusta Madre del sin par Cordero,

las flores broten de infecundas piedras,
que á todo alcanza su poder excelso.

*
**

Vedla: es la misma que en la enhiesta cumbre
del Calvario, y al pié de aquel madero
que á tan alto destino consagrado
nunca otro igual los bosques produjeron.

Transida de dolor sin semejante
Recibió de los labios del Cordero
la misión de ser madre de los hombres
y en ellos ver sus hijos predilectos.

Ella viene á nosotros como cumple
á la madre de aquel que pereciendo
por redimir al hombre, demostrado
dejó á la humanidad su amor inmenso.

Adoradla, Cristianos: y vosotros
los que nacido habéis bajo este cielo
mas que el de Italia hermoso, y más tranquilo
que el lago azul, de su belleza espejo,

Con alma y vida celebrad su nombre.
y adoradla rendidos y sinceros,
y así corresponded á ese milagro
que *no hizo semejante en otro pueblo.*

*
**

Santa Madre de Dios; Virgen querida
de todo noble mexicano pecho,
míranos con piedad; manda á nosotros
de tu bondad divina los consuelos.

No te olvides, Señora, que es el hombre
sin tu celeste auxilio, ser pequeño
para poder luchar con las miserias
de aqueste valle de amarguras lleno.

No nos dejes, Señora: cada día
á tí mi pobre corazón elevo
esperando, ¡oh mi Madre! que á moverte
alcance un día mi ferviente ruego.

No me quejo de tí: de tus bondades
en veces mil hicíste me el objeto,
y en los pesares que mi vida afligen
siempre que á tí recurro alivio encuentro.

No me quejo de tí, pues bien conozco
que para mí ningún merecimiento,
á grande gratitud me has obligado
con los bienes, Señora, que me has hecho.

Pero no acudo á tí; Virgen divina,
valido y orgulloso de mis méritos,
pues para merecer tus beneficios
sé bien, Señora, que ningunos tengo.

No, pues, me consideres ni me trates
por el ningún valer que tienen ellos;

trátame, Madre mía, únicamente
según tan sólo tú puedes hacerlo.

Por tu misericordia que es tan grande
que al débil engrandece y al pequeño:
mis méritos no invoca, Madre mía;
á tu bondad invoco y me encomiendo.

Y tú me oirás, Señora; tú has de oirme,
porque eres tú y porque así lo creo:
Y si por ser quien eres nada existe
que no se pueda hacer al tú quererlo,

Obstáculo no habrá que á tus bondades
pueda, ¡Oh Virgen! poner impedimento,
si yo consigo, por bondad divina,
con la palanca de mi fe moverlo,

Mírame con piedad: muévate el llanto
con que la flor de tus altares riego,
y acepta, ¡oh Madre del amor Hermoso,
la sentida plegaria de tu siervo.

Perdóname mis faltas: ¿qué son ellas
si al lado, ¡oh Santa Virgen! las ponemos
del poder que en tus manos sacrosantas
quiso depositar el Nazareno?

Recuérdalo, Señora, que *El* lo dijo:
«Cuanto mi Madre pida yo concedo;
»y cuanto yo conceda ratifica
»mi padre sacrosanto desde luego.»

Escúchame, Señora; cada día
 á tí mi pobre corazón elevo,
 porque tengo la fe de que á moverte
 alcance un día mi ferviente ruego.

Y tú me veras, Señora; y quizás pronto
 prueba bastante me darás de ello,
 que por ser tú quien eres, nada existe
 que no se pueda hacer al tú quererlo.

II

Hernán Cortés

HAN transcurrido dos lustros
 apenas, desde que el bravo
 capitán Hernán Cortés
 libertó con férreo brazo
 al gran imperio de Anáuhac
 del cetro de los tiranos,
 que maltratando á los pueblos
 que aquella nación formaron,
 cual no recuerda la historia
 que otros peor fuesen tratados,
 dieron con su tiranía
 al guerrero castellano,
 por odio á los opresores
 muchedumbre de aliados.

—
 ¡Severa lección por cierto
 fué aquella para tiranos!